



Lepoldo Alas (Clarín)

Renan

La voz del pueblo, que a veces acierta, lo ha dicho unánimemente en Francia y fuera de Francia.

Desde la muerte de Víctor Hugo, no ha habido otra más importante, de más efecto para la Francia intelectual, y aun pudiera añadirse para el mundo de las ideas.

El telégrafo apenas ha tenido tiempo para comunicarnos esta opinión general que se impone como una gran justicia que la posteridad comienza a hacer al gran espíritu francés desde el día siguiente al de su muerte.

Decía que la voz del pueblo acierta... a veces, porque, sin adulación, no cabe ocultar que en muchas ocasiones se equivoca.

Suele acertar al borde de un sepulcro.

Cuando faltó Víctor Hugo, la justicia definitiva popular se impuso a los reparos y mezclas frigoríficas de la envidia y la crítica hostil; aunque hacía algunos años que la manera del gran maestro no estaba de moda en los cenáculos literarios, la gran masa de los admiradores del poeta impuso el fallo que fue de gloria, sin pararse en distingos ni atenuaciones.

Hasta en nuestro país, donde la opinión pública está mucho menos ilustrada, aunque los instintos generosos de entusiasmo por lo grande no son menores, cuando murió Moreno Nieto, el pueblo... que no lee siquiera, ni acude a los Ateneos, adivinó en el sabio modesto que desaparecía un santo del pensamiento, un apóstol del bien.

Renan, que para las masas de la mayor parte de los países latinos era ante todo el heresiarca moderno, el enemigo de la Iglesia; Renan, que tan mal

comprendido y tan poco conocido, en rigor, era aun para los que se permitían hablar de él con escasa y distraída lectura de sus obras, a las veinticuatro horas de morir recibe un universal homenaje de admiración y respeto, y el mundo entero comienza por hacer justicia a la rectitud de sus intenciones, a la austeridad y al decoro de su vida, a la grandeza de su ingenio, a la belleza de sus obras. El Renan que no había visto bien la crítica maleante y ligera, el fanatismo contrario a sus doctrinas, los rivales, los sectarios de escuelas diferentes y el vulgo letrado, distraído y superficial, es adivinado por el instinto popular, y en todas partes y en todos los tonos se dice hoy de él lo que hace poco sólo pensaban algunos; que es un hombre genial, que es un grande hombre, el primero de los que hoy tenía Francia. Sabe hasta el último periodista que La Vida de Jesús no es todo ni lo principal en la obra de Renan, y ya hasta el fanático más lenguaraz e ignorante se guarda de decir que ha muerto el diablo, que ha fallecido el Antecristo.

* * *

Pasemos rápida revista a algo de lo mucho que de primera intención, improvisando, se ha dicho al día siguiente de morir Renan.

Comencemos por casa.

En general, los periódicos españoles han comprendido la importancia del triste suceso y le han consagrado excepcional atención, sin duda.

En la información ha habido notables deficiencias. Comenzaron ciertas agencias telegráficas por decir que el ilustre profesor del Colegio de Francia había muerto en Londres. El error lo deshicieron las primeras noticias directas de París.

Las noticias biográficas y bibliográficas de la Prensa madrileña se resintieron en general de falta de conocimientos directos de las obras de Renan. Se consultó, generalmente, los consabidos remedios-periodistas enciclopédicos que suelen ser inexactos y que suelen estar atrasados de noticias.

Al dar la lista de los tomos de que consta la Historia del Cristianismo, la obra capital de Renan, casi todos los periódicos se equivocaron y, copiando algún diccionario antiguo o el catálogo de algún tomo de Renan, antiguo también, aseguraron que a la Vida de Jesús, Los Apóstoles, San Pablo y El Antecristo había seguido otro tomo, último de la obra, titulado La Iglesia Cristiana. Y la verdad es que al Antecristo siguieron tres tomos, Los Evangelios y la Segunda generación cristiana, La Iglesia Cristiana y Marco Aurelio y El fin del mundo antiguo.

En general, el juicio propio de nuestros periódicos reflejaba esa opinión general a que antes aludí; todo era admiración y respeto; las virtudes y el gran talento eran generalmente reconocidos.

Entre los periodistas que adelantaron su opinión espontáneamente, se distinguió a mi juicio un redactor de El Liberal, Tomás Tuero, que así como a la ligera dio sin embargo una de las notas más justas, que coincidió con la que al día siguiente hacía oír Mauricio Barrès en El Fígaro de París, bien en oposición por cierto con el sesudo pero frío y deficiente artículo de Deschamps en el Journal des Debats, de que era Renan colaborador. Tuero, como Barrès, señaló en el servicio de Renan a la causa de la civilización moderna con aspecto religioso. Bien señalado

está. Digan lo que quieran los que exageran la nota dilettante de Renan, o los que ven exclusivamente en él al sabio experimentalista, por algo se había tenido por exacta aquella frase célebre según la cual, Renan era una catedral vacía... El mismo había dicho de sí una y otra vez que él era en el fondo un clérigo.

-El que fue cura, lo es, como dijo Víctor Hugo.

El espíritu religioso es una tendencia ante todo, un punto de vista, casi pudiera decirse una la digna postura, postración ante el misterio sagrado y poético; no es, como creen muchos, ante todo, una solución concreta, cerrada, exclusiva.

En este último sentido, Renan no era religioso; en el primero, sí. Claro que en las obras se encuentran textos aislados para todas las conclusiones (pues esto obedece en él a un sistema), pero yo al incógnito sabio experimental, pedante sin duda, que desde El Fígaro trata con cierto menosprecio al autor de los Diálogos filosóficos, le diría que no es verdad que pueda afirmarse rotundamente que Renan negara a Dios, pues infinidad de veces se inclina a afirmar su realidad; que yo recuerde ahora, de repente, en L'Abbe de Joaurre, cuando alguien dice: «Dios; más probable que la inmortalidad del alma». Y al final del famoso prólogo de su último libro Feuilles ditonchees (1892) escribe: «El amor es tan eterno como la religión. El amor es la mejor prueba de Dios, es el cordón umbilical que nos une con la naturaleza, nuestra verdadera comunión con lo infinito». Y a estas palabras dignas de un Carlyle, añade: «Padre celestial, yo te agradezco la vida».

En otra parte que no puedo ahora puntualizar porque cito de puro recuerdo, exclama parecidas palabras: «Padre nuestro, el que menos cree en ti, desea tu existencia catorce veces al día». Y en el mismo prólogo citado dice: «Nada nos prueba que existe en el mundo una conciencia central, un alma del Universo; pero nada nos prueba lo contrario».

Luego ni aun en los textos menos favorables al deísmo, niega a Dios. Es más: el sabio incógnito de Fígaro dice que niega a Dios pero reconoce lo divino. Pues tanto monta porque lo divino, no siendo para el idólatra, para el antropomorfista, es el Dios que racionalmente puede pensarse que haya.

* * *

Volviendo a mi revista de lo que han dicho o callado los periódicos, advertiré que El Siglo Futuro no aprovecha la ocasión para decir pestes del Antecristo y se limita a imprimir los telegramas de las agencias con todos sus elogios.

¡Todo progresa, hasta El Siglo Futuro!

La Época, el primer día no dijo nada. El segundo copió a El Imparcial. En general, ha habido bastante valor para poner la fama de Renan en su sitio, sin miedo a lastimar creencias; sino donde los periodistas comprendieron que hasta los neos y fanáticos pasaba el tiempo enseñando y que hoy todos comprenden, menos tal vez el Padre Zacarías, agustino, que Renan en lo que negaba no era más que uno entre mil, como historiador, exégeta y filósofo, y en lo que afirmaba era un idealista de los que más han trabajado para combatir al enemigo común, el materialismo de escalera abajo y el pedantesco y corto de vista de lo que por antonomasia se llama ciencia, no siendo más que el empirismo particular de algunos estudios

experimentales, en el fondo hipotéticos meramente.

Grande es mi admiración por Renan; sin embargo, no veo en él fórmula última y más propia de la actualidad filosófica; soy partidario de su modo entre literario y mundano de atreverse con las grandes conjeturas filosóficas; venero su rigorismo metódico en lo que respecta a la investigación de los conocimientos parciales relativos, pero... opino con Barrès que su estado general de pensamiento desde el punto de vista de lo que le es común con su medio, con su tiempo (no es lo personal, genial) corresponde al movimiento intelectual que sigue a la revolución del 48 y llega a los cuatro o cinco años siguientes a la guerra franco-prusiana. Renan era una catedral, pero no era lo que Vogüe llamaría una cigüeña.

No engendres el dolor

Llegó la hora, cogí la pluma de hacer pesetas, como un pendolista de billetes de Banco de iniciativa individual, la pluma de falsificar 50 pesetas de literatura jocosa, de esa que no le gusta ahora a Doña Emilia Pardo, porque sopla de vendaval... rasqué el ingenio... y nada.

A la otra puerta.

Me fui al Casino, cogí La Época, que es mi musa en casos tales... y nada.

Dos o tres quisicosas del revistero de salones que no eran materia imponible.

Estaba avergonzado de mí propio. Temblaba como literato y como padre de familia. ¡Dios mío!, pensaba, ¿qué es esto? ¿Es impotencia?...

Era la primera vez en mi vida que tan radicalmente se me negaba el diablillo de las bromas sin picardía a dictarme cuatro cuchufletas.

Mi desairada situación me parecía semejante a la de aquel robusto amator, que nos describe Balzac en sus cuentos drolatiques, el cual amator ama once veces, si no recuerdo mal, cumplidamente, y a la dozava ama en vano.

-Pues tan viejo no soy -me decía- para tales lances...

Luego me acordé de lo que me había sucedido la noche anterior, que me hacía comprenderlo todo, y que era materia suficiente para un artículo.

* * *

Dormía yo, como dormimos nosotros los justos, cuando, de repente, sentí un sacudimiento, desperté y oí una voz (por estas, que son cruces), una voz que me sonaba en el cerebro y me decía:

-No engendres el dolor.

Si esto fuera mentira, no tendría gracia; pero es absolutamente cierto. Si en la antigüedad los que soñaban cosas tenían que ir a los sabios a que les interpretasen el sueño, ahora han cambiado los tiempos; ello fue que mi conciencia desvelada, alerta, no vaciló un momento en penetrar el consejo o mandato de la voz nerviosa, de la voz de ese otro yo que llevamos todos, o los histéricos por lo menos, con nosotros mismos, según demuestran los sabios que cita Binet en su reciente artículo sobre las perturbaciones de la personalidad, y según ya hace muchos años pude comprender por dolorosa experiencia. La conciencia desvelada me dijo, pero esta sin voz, que aquella frase, porque era una frase, aludía a los recientes arañazos crítico-satíricos, a los articulejos en que había yo

hecho daño a una y otra persona.

Después que me levanté, perdí el sentido íntimo de la frase, su alcance, su valor de imperativo, aunque no categórico; y hasta llegué a olvidar el incidente nocturno; porque ni soy supersticioso, ni me hacen gracia estas vocecitas que no prueban nada sobrenatural, pero sí que no está uno completamente bueno.

Tengo yo un amigo, erudito y filósofo, el autor de *Los nombres de los dioses*, obra traducida al alemán y elogiada por Max Müller, y de *La filosofía de lo maravilloso positivo*, libro alabado por Juan Valera, un amigo que se llama Sánchez Calvo, el cual les saca mucha miga a estas cuasi alucinaciones, a estos despliegues de personalidad, etc., etc., y si lee estas líneas, puede que se preocupe con lo que le pasó a este su admirador, que tiene el honor de no creer en lo maravilloso positivo. Sea como sea, ahora recuerdo (tal vez porque es otra vez de noche, cerca del amanecer) que las palabras que oí al despertar, no engendres el dolor, tuvieron para mí un profundo esplendor ideal, me dijeron cosas que mi pluma no podría expresar aproximadamente.

Era algo así, pero con mucho más sentido, con más verdad inmediata de conciencia: «Tú, hombre, no eres capaz de crear la dicha, de llevar las contingencias de la realidad por el camino de una felicidad segura para tus semejantes; el bien seguro no se sabe de dónde viene; pero el mal, sí, puedes crearlo; no todo el mal, es claro, pero cierto mal. El dolor nace de muchas fuentes, pero una de ellas es la voluntad; el bien que tú quieras hacer puede convertirse, al salir al mundo exterior, en daño, en mal; ser perecedero, deleznable; todo por contingencias indefinidas; pero el mal puede salir de ti infalible; te basta con querer hacer mal para que ya lo haya; y no hay contingencias que puedan trocar tu mal querer en bien; mortal, está seguro de esto, puedes hacer daño; hay, entre tantos dolores, algún dolor que sale originariamente de ti. Por eso... no engendres el dolor. El mal que causa tu pluma, el daño que produce tu censura agria y fría en el amor propio ajeno, es cosa tuya por completo; eres creador de algo en el mundo moral; de ese daño, de ese dolor. No engendres el dolor...». Y por ahí adelante.

Ya he dicho que durante el día siguiente olvidé todos estos tiquis-miquis; pero ellos por dentro, en el yo de refresco, seguían trabajando, sin duda; y por eso yo (o él) no estaba para bromas, ni se me ocurría ninguna malicia, ni aun leyendo *La Época*. Me sentía más lírico que epigramático. Hubiese preferido que se ganase el sueldo recitando *La noche serena* de Fray Luis, o dando limosnas, o perdonando a Velarde, porque no sabe lo que se versifica.

Estos estados de ánimo pre-rafaélicos son muy bonitos, pero de escaso provecho crematístico. Como no es cosa de que yo salga ahora con un tomo de *Odas* (y aunque saliera no me valdría dinero), quiero, necesito reaccionar, como dice (y hace) Cánovas, contra tal excitación, que no conduce a nada práctico.

Recuerdo que en un estado semejante escribí un artículo titulado *Balart*, poeta... y a poco (verdad es que sin conocer el artículo), el Sr.

Balart me salió con un escobazo y diciéndome que ya me guardaría yo muy bien de tal y de cual.

¡Ay! No se puede ser romántico, ni nervioso, ni sensitivo.

Hay que ser naturalista, como Doña Emilia Pardo, y tener una salud de roble, como dicha señora, salud que se haga hasta antipática de puro sana; y hay que tomar con mucho calor las quisicosas de la vecindad literaria; por ejemplo, empeñarse en que le hagan a uno monja en clausura, o académico, o por lo menos que se lo hagan a la Sra. Arenal, que es lo que ahora pide Doña Emilia, por aquello de que... pobre que pide por Dios, pide por dos.

La sensiblería no lleva a ninguna parte; por lo cual, en otra ocasión demostraré a la voz de marras que tengo derecho, y en cierto modo deber de engendrar el dolor, dentro de ciertos límites, porque... ahora que es de noche y va a amanecer no se me ocurren argumentos.

Pero cuando sea pleno día y no me tenga miedo a mí mismo, ¡oh, entonces!, ya me vendrán a la pluma razones de peso; como aquella de:

...ces haines vigoureuses
que doit donner le vieux âmes vertueuses...

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

